

CARTA VIII.

CÓMPLICE.

Octubre 20 de 1873.

« ¡ Oh ! ¡ Qué insulsa es tu respuesta á mi última carta !.... ¿ Qué has hecho de tu talento ?.... Eres muy capaz de haberlo enviado al otro lado de la frontera para ponerlo á cubierto de un golpe de mano, como he hecho yo con mis millones. Si has tenido esa precaución, no tengo derecho á quejarme de tu imbecilidad. Mas lo que no puedo perdonarte es el tiempo que has tardado en escribirme, sobre todo si se mide por el tumulto de los acontecimientos que hemos presenciado desde mi última carta.... ¡ Qué hombres...., y qué cosas !....

No creas, sin embargo, que asistimos á la terrible agonía del monstruo, poseídos de profundo desaliento, no ; todavía tenemos ánimo para gozar todas las delicias que nos ofrece la vida moderna ; aunque á salto de mata, aún nos despepitamos por divertirnos, y, ¡ qué diablo !, nos divertimos.

Elisa se va acostumbrando á los peligros de estas continuas agitaciones, y sólo se queja de los carlistas porque cortan la vía del camino de hierro

del Norte, y tiene razón para quejarse, pues se halla incomunicada con París, de donde recibe los elementos indispensables para su tocado. Imagínate tú si tan fuerte contrariedad la tendrá disgustada.

Ayer la dije :

—No te apures, porque aún nos queda el recurso de repetir un milagro de Mahoma.

—¿ Cómo es eso ?—me preguntó.

—Es muy sencillo (añadí) : puesto que la montaña no viene á nosotros, nosotros iremos á la montaña.

—¿ Qué quiere decir eso ?—volvió á preguntarme.

Por esta nueva pregunta comprenderás que mi bella *huri* no está muy enterada de los milagros del Profeta.

—Eso (le advertí), quiere decir que, puesto que París no viene á nosotros, podemos nosotros ir á París.

—No (me contestó resueltamente. Mas, repeniéndose, me miró con la sonrisa en los labios, añadiendo) : ¿ Te parece que debemos abandonar á Madrid en estas circunstancias de peligro ? En el caso de huir, huyamos los últimos : esto es lo patriótico.

La miré con asombro, pues era para mí una verdadera novedad su patriotismo ; pero ella, añadiendo azúcar á la dulzura de su sonrisa, me preguntó :

—¿ Tienes miedo ?

—Si te resignas (le dije) á carecer de los precio-

esos artículos de que París te surte, quedémonos en nuestra casa, á lo menos mientras sea nuestra.

Semejante valor no debe admirarte, porque Elisa continúa siendo la reina de la moda. Tiene, si puedo decirlo así, el heroísmo de su *toilette*. En París teme, sin duda, no ejercer un dominio tan absoluto; encontraría poderosas competencias, y su belleza y su lujo no harían un papel tan importante. Te ves precisado á reconocer que no falta modestia en su vanidad.

Ahora está encantada con un cocinero que hemos adquirido, y que es, ciertamente, un prodigio culinario. Domina en todas sus combinaciones la sencillez, la variedad y la gracia; posee como nadie los secretos de la cocina clásica y la difícil armonía de los condimentos. Vamos, nuestro buen Donato es inagotable y profundo, y siempre original; en sus *ménus* encuentra el paladar una lógica irresistible y gran filosofía. Aseguran que ha hecho imposibles las inapetencias y las indigestiones. En su arte, dicen unos que es una especie de Rossini, y otros creen descubrir en sus creaciones el genio de Molière. Hace un plato, que los aficionados llaman el *Partenon*, para demostrar el gran sabor clásico que en él domina.

Excuso decirte la celebridad de que goza mi mesa, y si Elisa dejará de lucir la joya de su cocinero.

Damos de comer (esta es la frase establecida) cuatro veces á la semana, y nuestros convidados

se hacen lenguas de Donato. Montenegro es uno de sus más ardientes admiradores.

Pero todas estas satisfacciones que me rodean, no disculpan á mis ojos la insulsez de tu carta. ¿No te alegras de que se hayan desvanecido mis cavilaciones?... ¿No te burlas de mí, llamándome inverosímil, porque no acerté á distinguir de quién era la voz que hablaba con Montenegro cuando yo oía detrás de la cortina? ¿No tienes ni una palabra de alabanza para Elisa, ni una palabra de reconvencción para Octavia? ¿Qué has hecho de la severidad de tu crítica?... Te desconozco.

Realmente, la ausencia de Elisa del gabinete del *trousseau* podía sorprenderme por lo inesperada, pero no tranquilizarme. Un hombre de mundo habría sospechado que ambas amigas se disputaban el codiciado secreto de Montenegro, y que Octavia, aprovechando una ocasión favorable, había hecho un esfuerzo supremo para ganarse la confianza de este hombre afortunado. Semejante rivalidad hacía más peligroso el caso. Aquella noche no dormí, dando incesantemente vueltas á mis pensamientos; pero observo atentamente hasta los más insignificantes pormenores, y no encuentro indicio ninguno que dé fundamento á mi sospecha; entre Elisa y Octavia no existe rivalidad ninguna.

La íntima amistad de las dos amigas continúa inalterable, y aun parece que se han estrechado los vínculos de su antiguo cariño. Aunque en materia de celos las mujeres perdonan más fácilmente al

culpable que al cómplice, podría ser que Elisa y Octavia llevaran su disimulo hasta el punto de aparecer más amigas que antes, para ocultarse á sí propias sus mutuas rivalidades. Pero no he sorprendido ni la más ligera sombra de enojo en el semblante de Elisa ante la particular predilección que públicamente alcanza Octavia de Montenegro; antes bien, parece complacida de tan manifiesta preferencia.

Á la vez, Elisa se muestra conmigo más comunicativa, y discutimos muy formalmente sus caprichos y sus adornos.

La otra tarde bajé al jardín, con ánimo de probar unas pistolas de tiro que me trajeron de París hace mucho tiempo; mas los árboles, acariciados por las brisas de Octubre, empezaban á deshojarse, embalsamando el aire con los vagos perfumes del otoño. El espectáculo de la naturaleza que muere tiene también sus encantos para los hombres de negocios, y, en vez de dirigirme al tiro de pistola, tomé la calle de lilas que conduce á la estufa.

No sé cómo vino mi pensamiento á caer en Octavia, y, sin poder contenerme, formulé contra ella las más terribles acusaciones. ¡Oh! ¡No! La originalidad de su carácter no excusa la desenvoltura de su conducta con Montenegro. ¿Cuál puede ser el verdadero móvil de su proceder? ¿Es la vanidad ó la pasión? ¡Vanidad! Creí que Octavia no pagaba tributo á esa gran debilidad del género

humano. ¡Pasión! ¿Y cuál es el mérito extraordinario de Montenegro para haber inspirado á Octavia tan loco sentimiento? Pero aun así, y en cualquiera de los dos casos, ¿qué significa aquella especie de asalto?... De todas maneras, ha comprometido su decoro á los ojos de Montenegro: esto es indudable. Yo sepultaré en el más escondido rincón de mi memoria este secreto; mas, ¿no abusará Montenegro alguna vez de su ventaja? Hoy mismo, ¿no abusa, haciendo público alarde de una preferencia que ya empieza á perjudicarla? Montenegro goza de una reputación de hombre de mundo, que da pábulo á suposiciones equívocas. Octavia tiene, sin duda, unos ojos muy hermosos; pero no ve nada: decididamente está ciega. Y bien: ¿qué me importa nada de esto?

Antes, sin darme cuenta de ello, la admiraba; hoy la compadezco, y asunto concluido.

Todas estas cosas iba yo pensando, cuando sentí el contacto de un brazo que se apoyaba en el mío; volví la cabeza, y me encontré con el semblante de Elisa, en el que, como en un cielo sereno, me presentó el arco iris de su sonrisa.

—Muy abismado debías estar en tus reflexiones (me dijo), pues no has sentido el ruido de mis pasos.

—Sí (le contesté), iba distraído.

Miróme con cariñosa fijeza, exclamando:

—¡Oh, qué inconstantes sois los hombres!

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque observo, hace ya algunos días, que has olvidado tu famoso tiro de pistola. Confieso que me tiene envanecida la reputación de tu destreza en el manejo de las armas; mas el continuo chasquido de los disparos me atacaba los nervios.... Ya se ve: ¡has tenido la ocurrencia de poner el tiro casi debajo de mis habitaciones!

—Es verdad (le dije). No había pensado en ello; mas tú debieras habérmelo advertido.

—Contaba (me contestó) con que al fin te canstrarías de quemar tanta pólvora en salvas. Además (añadió, oprimiéndome suavemente el brazo en que apoyaba el suyo), eso habría sido una impertinencia.

No te ocultaré lo bien que sonaron en mis oídos estas palabras. Elisa me parecía excesivamente razonable, cosa á la cual no estaba acostumbrado; mas no quise darle importancia á su afectuosa condescendencia, y cambié la conversación, preguntándole:

—¿Renuncias esta tarde á la *Fuente Castellana*?

—Sí (me contestó); no me gusta ir sola; esperaba á Octavia, y no ha venido.

—¡Ah! Sí (exclamé): Octavia....

Anduvimos algunos pasos en silencio; yo pensativo, y Elisa sacudiendo al pasar las ramas que encontraba al alcance de su mano, como pudiera hacerlo una niña aturdida. Las hojas sacudidas se desprendían de las ramas, como si quisieran sembrar de flores nuestro camino.

De repente me detuvo, y mirándome fijamente, me preguntó:

—Vamos á ver: ¿quieres ser franco?

—¡*Franco!* (exclamé.) Jamás.

—¿Por qué?—dijo sorprendida.

—Porque los *francos*, preciosa criatura, están siendo en este momento la deshonra del género humano.

El éxito de este equívoco fué completo, pues prorrumpió en una espontánea carcajada.

Luego que acabó de reir, movió la cabeza, diciendo:

—Bueno; lo diré de otro modo. ¿Quieres ser ingenuo?

—Eso ya es otra cosa; cuenta con toda la ingenuidad que necesites.

—Pues bien: dime, ¿qué piensas de Montenegro? Esta pregunta me cogió completamente desprevenido.

—¡Phs!.... (le contesté.) No puedo decirte...., porque...., en realidad...., no pienso nada.

—Esa respuesta (añadió) me indica que no has entendido mi pregunta. No te pido yo un juicio crítico acerca de su carácter, de sus cualidades ó de su talento; eso no es de mi cuenta; y, en cuanto á su historia, no dejará de ser, poco más ó menos, la historia de todos los hombres de mundo. Lo que yo deseo saber es si tú, hombre de negocios, consideras sólida la fortuna de Montenegro.

Más sorpresa me causó todavía esta curiosidad

inexplicable de Elisa. No me hubiera ocurrido jamás que pretendiera adquirir semejante dato.

—Su fortuna (le dije, encogiéndome de hombros) nadie la pone en duda. Es verdad que no se conoce el inventario de sus bienes raíces; pero el lujo con que vive da testimonio de su riqueza.

—Es decir (añadió), que á Montenegro se le puede admitir como un buen partido. No te admiren estas averiguaciones; me interesa la suerte de Octavia, y he ahí todo.

—¡Hola! (exclamé.) ¿Tu amiga desea al fin casarse, y tú tienes el encargo de sondear el bolsillo de su futuro esposo?...

—No (se apresuró á decir). Es pura y simplemente una oficiosidad mía.

—Pues ten presente (le advertí) que Montenegro pasa por hombre incasable.

—Mejor (dijo); esa circunstancia aumenta el interés de la intriga en que estoy metida, y cuento con tu indispensable cooperación para salir airosa; sin ella, me expondría á un fracaso, y eso sería deplorabile. Ya sabes que las mujeres somos así; ponemos nuestra vanidad en todo.

En realidad, no me proponía un crimen; pero hay en esto algo impropio de mi carácter. Quise excusarme; mas me replicó, diciendo:

—No hemos de ser eternamente marido y mujer; alguna vez es preciso que seamos cómplices. Mira,—añadió, señalándome el extremo de la calle de árboles por donde íbamos.

Fijé la mirada, y vi á un hombre que se dirigía hacia nosotros.

—Es Montenegro,—dije.

—El mismo (añadió Elisa). ¡Qué chasco le espera!... Creerá encontrar aquí á Octavia, y Octavia no ha venido. Sal tú á su encuentro, que yo me escapo por esta calle de la izquierda.... Es una visita algo intempestiva.

Y diciendo y haciendo, soltó mi brazo, guiñó graciosamente los ojos, y se perdió entre los árboles, dejándome frente á frente de Montenegro. »